

Querido hijo: tienes cuatro padres

Jordi Sierra i Fabra

Ilustraciones de Javier Olivares

loqueleg

La noticia más inesperada

El día que los padres de Pedro se separaron fue el más triste de su vida. Y eso que lo hicieron lo mejor posible, tranquilos, relajados. Ni se habían peleado ni nada. “Cosas de mayores”. Le llamaron, se sentó, y más o menos se lo soltaron así:

—Pedro, hijo.

—Ante todo has de saber que te queremos.

—Mucho.

—Exactamente: mucho.

—Muchísimo.

—Tú eres lo más importante de nuestras vidas.

—Lo más de lo más.

—No va a cambiar casi nada, te lo prometemos.

—Irás a la misma escuela de siempre, vivirás con mamá...

—Es lo más prudente y adecuado.

—Sí, lo más prudente y adecuado.

—Con todo, sabemos que será duro para ti.

—Para todos.

—Y más los primeros días.

6 —Las primeras semanas.

—Pero estas cosas pasan.

—Pasan mucho.

—Lo más importante es hablarlo razonada y civilizadamente.

—No es que papá y mamá ya no se quieran.

—Es solo que ahora lo hacen..., lo harán de otra manera

—¿Entiendes?

Hasta ese momento, Pedro parecía estar en un partido de tenis, viendo la pelota saltando de un lado a otro de la red.

Y de entenderlo, nada, ni jota.

—No —dijo.

Sus padres se miraron con angustia.

Parecieron tomar una decisión muy muy dura.

—Papá y mamá...

—Eso, que...

—Pues...

—Verás...

—Vamos a separarnos.

¡Bum!

Ahora sí lo pilló.

En la escuela había varios chicos y chicas con padres separados. Y en su clase, dos, Lucas y Elena. No hablaban mucho del tema. No era de ese tipo de cosas de las que apetezca decir nada.

Es más, a Pedro le parecía que eso solo podía pasarle a los demás.

—¿Vosotros? —se quedó sin aliento.

—Ya ves.

—Lo sentimos de veras.

—Cariño...

—Hijo...

Los miró fijamente. De repente eran dos desconocidos. Nunca se habían peleado, siempre

habían parecido felices, risueños, contentos. La pareja ideal, perfecta. Era absurdo.

Pero no.

Ahí estaba la cosa.

—No fastidiéis, ¿vale? —se le ocurrió decir.

8 En ese momento, su madre le abrazó muy fuerte a él, y su padre los abrazó a los dos. Formaron una piña. Por última vez, pero la formaron. Pedro se dio cuenta de que ella lloraba por dentro mientras se hacía la fuerte por fuera, en plan valiente. Su padre ni respiraba.

El gran silencio.

Quedaban largas explicaciones, pero no eran necesarias.

Al día siguiente su padre le compró una bicicleta y se marchó de casa.

Al otro, su madre le compró una nueva videoconsola y le dijo que iban a organizarse.

Los días que siguieron a todo esto se le hicieron nebulosos.

Él era un autómata.

Su madre era una autómata.

Sin su padre, la casa estaba vacía.

Y cuando fue a la nueva casa de él, fría, muy impersonal, sin el menor calor hogareño, fue ella la que estuvo vacía sin su madre.

Pedro ya sabía que nada sería igual.

Dos vidas

- 10 Las cosas fueron más rápidas incluso de lo esperado. De la noche a la mañana Pedro tenía todo por duplicado. A su casa de siempre, su habitación de siempre, sus cosas de siempre y sus amigos de siempre, se les sumó una casa nueva, otra habitación, nuevas cosas que usar o disfrutar y hasta posibles nuevos amigos con los que jugar. En la escalera donde su padre había alquilado el piso encontró uno, y en la calle, en la tienda de electrodomésticos de al lado, otro. Los dos de su misma edad. Eso sí, como iba a la misma escuela, los de toda la vida eran los primeros y más importantes.

Su mejor amigo, Marcos, también era, a veces, su peor pesadilla.

—¿Estás bien?

—Sí.

—Mi prima Dorotea está fatal. Y eso que sus padres se separaron hace ya dos años.

—Pues yo estoy bien.

—¿Seguro?

—Sí.

—Oye, que a mí puedes contármelo, ¿eh?

11

—Estoy bien.

—¿Seguro?

—¡Que sí, pesado!

—Bueno, vale, allá tú.

Marcos era imposible.

Y como era hijo único, igual que Pedro, y había nacido tres semanas antes, se creía que era algo así como el hermano mayor.

El piso del padre de Pedro era pequeño. Lo que él llamaba “piso de soltero”. A Pedro eso le hacía cierta gracia. ¿Soltero? ¡Separado! ¿Qué tenían que ver las habas con los tomates? El padre de Pedro se hacía el simpático y el divertido, como si no pasara nada. Su madre, en cambio, a veces

estaba triste. Claro que como Pedro vivía con ella, la veía más. Todos los días. Los fines de semana que le tocaba con su padre, él parecía otro. Hablaba por los codos, contaba chistes, se reía...

Pedro pensó que se había vuelto loco.

Luego comprendió que era su forma de tomarse la separación.

12 Y, sobre todo, de evitar que él lo pasara mal.

Porque si algo se notaba era que los dos estaban muy preocupados por él.

Los fines de semana que se iba con su padre, su madre le preparaba la bolsa, le metía lo necesario y le daba toda clase de consejos:

—Come a tus horas, no hagas el burro, nada de ver la tele todo el día, nada de jugar con la consola todo el día, mira que papá a veces está tonto perdido y como le dé por dejarte hacer lo que te dé la gana...

Pedro iba diciendo:

—Sí, mamá. Sí, mamá. Sí, mamá.

Hasta que ella se callaba, le miraba tiernamente y le abrazaba.

Fin de los sermones.

Su padre le recogía puntualmente y él se iba a su nuevo “otro mundo”. La habitación, poco a poco, tomaba forma. La ropa era nueva. En lo de los horarios... había ciertas libertades. El tiempo se alargaba a veces como un chicle y se acortaba otras. Su padre, que siempre trabajaba y no tenía tiempo para nada, de pronto parecía tener todo el tiempo del mundo. Vamos, que no le dejaba ni a sol ni a sombra. Iban al cine, al fútbol si había partido, o lo veían por la tele si el equipo jugaba fuera, comían pizza en casa o bocatas en una hamburguesería...

13

Luego, volvía a casa y su madre, así, así, a lo tonto, le hacía preguntas, pero como si no las hiciera. Nada de asaetearle al llegar, qué va. Poco a poco, y como de pasada.

—¿Y tú qué has hecho, mamá? —preguntaba él.

Unas veces ella decía:

—Oh, pues me he dedicado a poner orden en la casa, ahora que hay más espacio.

Otras:

—He salido con mis amigas, a pasear y al cine.

Vamos, que aburrirse parecía que no se aburrían, ninguno de los dos.

14 Incluso, cuando llegó la hora de las vacaciones de verano, lo pactaron sin traumas ni gritos y, como lo llamaban ellos, “de mutuo acuerdo” y “mirando siempre por él”. O sea, que se fue quince días a la playa con ella, al pueblo, y los quince días con él los pasó en Disneylandia de París y en Port Aventura de Tarragona. Una pasada.

Hasta Marcos se quedó impresionado.

—Oye, tú, les he dicho a mis padres que se separen —quiso hacer broma.

—Calla, burro —se enfadó Pedro.

Hubiera preferido mil veces pasar el verano de todos los años con tal de que siguieran juntos.

Pero eso parecía ya imposible.

Cuando Marcos se pone pesado...

Como ya ha quedado claro, Marcos era una especie de grano en el cogote. 15

Encima, alarmista como él solo.

Era de los de marear la perdiz.

—¿Tu padre sale con alguien?

Pedro se lo quedó mirando con cierta angustia.

—No.

—¿Y tu madre?

—Tampoco.

—Qué raro —se rascó el cogote.

Cuando Marcos se rascaba el cogote era que le estaba dando a la mollera.

—A ver, ¿por qué ha de ser raro? —preguntó Pedro.

—Porque, si no salen con otras personas, no entiendo lo de la separación.

—Dejaron de estar bien juntos, ya te lo dije.

Marcos se puso en plan listillo-sabelotodo.

—La gente se separa cuando él o ella tienen a otra o a otro, o sea, cuando se han vuelto a enamorar.

16

—Pues mis padres no.

—Ya, que te lo dirán a ti.

—¡Te digo que no es mi caso, pesado!

—Qué raro —volvió a rascarse el cogote.

—¡Eso ya lo has dicho antes!

—No la pagues conmigo —se hizo el digno y el ofendido—. Yo solo intento...

—¡Intentas buscarle tres pies al gato, como siempre, que no paras! ¡Y no la pago contigo! ¡Eres tú el que habla y habla y habla!

¿Se calló?

¡Qué va!

—¿Qué harás cuando él o ella tenga otra pareja?

Pedro se quedó más blanco que una de las prendas que anunciaban los detergentes milagrosos de la tele.

¿Su padre con otra?

¿Su madre con otro?

—¡No digas burradas! —se enfadó en serio.

—¿Yo? —Marcos abrió los ojos como platos.

—¡Sí, tú! ¡Que si mi madre esto, que si mi padre lo otro! ¿Quieres que tenga pesadillas?

—El otro día vi una película...

—¡Esto no es una película, burro! —gritó Pedro.

—Vale, pero...

—Marcos...

—Yo solo digo que tu madre es muy guapa, y joven —se puso reflexivo y serio su amigo—. Todo el mundo lo dice. La mía, por ejemplo. Y tu padre es un gracioso, de los que lo hacen pasar bien a los demás. ¿Qué va a tener de raro que a ella le salga un novio o que él se enamore de otra? Más bien sería lo normal...

No pudo seguir hablando porque Pedro se le echó encima y le derribó al suelo. Una vez sentado sobre él le amenazó con un puño cerrado, casi fuera de sí y con los ojos húmedos.

—¡Retira esto! —gritó.

Marcos comprendió que iba en serio.

Nunca se habían peleado, y menos así.

18

—¿Qué haces?

—¡Retíralo!

Marcos bizqueó y miró el puño cerrado.

—Vale, lo retiro.

—¿En serio?

—¡Que sí!

—¡Júralo!

—¡Lo juro!

Pedro se apartó de encima de él. Quedó sentado en el suelo, a su lado, con cara de desconcierto.

—Lo siento —dijo Marcos asustado.

—Como te pongas idiota, paso de ti.

—No me he puesto idiota. Solo te prevengo.

—¡Pues no lo hagas!



—¡Pues no lo hagas!

—Si mis padres se separaran, yo querría que estuvieran contentos y fueran felices —dijo entonces Marcos con mucho sentido común—. Aunque eso me doliera.

Esas palabras se le quedaron grabadas a Pedro en la cabeza.

20 Y no pudo olvidarlas.

Porque, desde luego, su madre era muy guapa y su padre muy simpático.

Tampoco eran viejos-viejos.

Ni siquiera habían cumplido los cuarenta.